MARIO CHARRIERE

ESTATUAS DE SAL

¿PUEDE LA DISTANCIA CURAR LAS HERIDAS DEL PASADO?

BÄRENHAUS

MARIO CHARRIERE

ESTATUAS DE SAL

¿PUEDE LA DISTANCIA CURAR LAS HERIDAS DEL PASADO?

BÄRENHAUS
EDITORIAL

BÄRENHAUS

ÍNDICE

Obertura 11
1. Pasajeras 17
2. Entrañados sesenta 30
3. Veranos 44
4. ¡Un cocoliche! 59
5. Pero conociste a otro que te gusta más... 80
6. ¿Contra quién juegan? 97
7. El señor Fulton ya no vive aquí 104
8. ¡Ojo! También me gustó *Melody* 117
9. ¡Y mirá que están pasando cosas! 126
10. ¿Y el cadete? 137
11. ...Una mezcla cada vez más explosiva 147
12. ¡No me vas a decir que sos peronista! 153
13. Son guerrilleros... y sé leer 164
14. *Sold out, I´m sorry*... 183
15. ¿...Fue la Peteta? 192
16. ¿Pero hasta dónde tuvimos que ir? 205
17. Ésa es Marte... te das cuenta por el color 212
18. ...Tu pizza de la victoria 220
19. ¿Nunca pensaste que algún día nos podemos llegar a separar?.....226
20. Tengo que contarte algo 231
21. Dejá que la naturaleza actúe 243
22. ¡Ah!, casi me olvido, rezate tres Padre Nuestro y tres Ave María 254
23. Gracias, Juancito, pero yo fumo rubios... 260
24. Qué despelote que se viene, Mechita 266
25. ¿Un GEC? 279
26. ¿Y... somos tíos? 299
27. Hola... 313
28. ¿Alguna vez pensaste en salir? 324

BÄRENHAUS EDITORIAL

29. ¡Qué complicado! 344
30. ¿Vos también te irías? 357
31. Me decidí 367
32. Una guerra injusta 381
33. ...Éstos son unos pesitos 392
34. Adelante... 401
35. Los chicos.....413
36. ...Lo único que importa es la nena, lo demás... 428
37. Vamos, vamos, Argentina... 439
38. Maipú 1300 452
39. *Together will make it happen!!* 466
40. ¿Conocés Roma? 474
41. ¿Modern clix?... ¡Charly! 489
42. ¿Qué mirás? 507
43. ¡Mi invitado de honor! 516
44. El Gordo 523
45. ¿Vos fuiste al Liceo? 531

BÄRENHAUS
EDITORIAL

OBERTURA

Mercedes

Mercedes estaba arrepentida de haber cedido pero era tarde. Lucía la esperaba ansiosamente y ella sabía lo que era la ansiedad de su madre. En esa semana la había llamado cuatro veces para chequear si iba a llegar de acuerdo a lo planeado. No era para menos, la posibilidad de juntar a todas las hijas y nietos en una Navidad la tenía loca.

Magie y Cristopher habían viajado la semana anterior con Valeria. Al principio se preocupó pensando que ella también debía haberse ido con sus hijos para que no se sintieran solos en ese país extraño, pero cuando habló por teléfono los notó contentos y se tranquilizó. Desde que tenían uso de razón les hablaba en español y eso había dado sus frutos: al escucharlos supo que lo estaban pasando bien.

Recién cuando estaba lista para salir, se dio cuenta que volvía a Buenos Aires. "¿Cómo me pude haber metido en esto?" Pensaba.

Había sido en ese verano, un atardecer de julio, cuando caminando por la playa en Port Chester finalmente cedió y le prometió a Lucía que la próxima Navidad la pasaría en Buenos Aires. Se acordó de la cara de su madre y por un instante sonrió.

Ahora estaba lista. Lo último que hizo fue acomodar los regalos en la Samsonite rígida, tratando de mantenerlos con los envoltorios con motivos navideños; para que entraran mejor sacó una campera liviana y puso otra bolsa dentro la valija. Total en Buenos Aires iba a hacer calor.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Miró por la ventana. Estaba nublado y por el contorno de las nubes se veían unos débiles destellos rojizos de un oculto sol de media tarde. En un rato iba a ser de noche. Al fin y al cabo era bueno salir un poco de ese clima tan riguroso, que además la deprimía. Los árboles estaban totalmente blancos por la nieve, el invierno boreal en ese diciembre de 1995 ya se sentía con todo su rigor en Lyons Plain, Connecticut.

Todavía faltaba media hora para que llegara el auto que había pedido y ya no le quedaba nada por hacer. Le molestó que se le hiciera temprano. Era el momento ideal para fumar, si no fuera porque había dejado.

"Qué boludez esto de la *new age* y el *fitness*, que no te permite disfrutar tranquila los momentos que están para eso... Si en el fondo soy una fumadora que hace siete años que no prendo un pucho", reflexionó.

Sacó de la alacena la bolsa negra de café y comenzó con el ritual del expreso, moler los granos y dosificar el vapor en la Baby Gaggia, pensando que le acortaría la espera. Se dio cuenta de que tenía la misma ansiedad mezclada con angustia que sentía los domingos a la tarde cuando vivía en París. Todo por esa vuelta a Buenos Aires.

BIRDENHAUS EDITORIAL

Otra vez se estaba dejando llevar por sus recuerdos. Ya lo había intentado en el 84, cuando pensó en quedarse un tiempo y ver qué pasaba, pero a la semana se volvió. Aunque el clima era muy distinto del que había dejado casi ocho años antes, Mercedes no lo pasó bien esa semana de enero. El primer golpe fue la llegada a Ezeiza, aunque las caras de los tipos de Migraciones eran amigables y le remarcaron la bienvenida no pudo evitar recordar el terror que había sentido en ese mismo lugar aquella tarde de abril del 76.

Nada estaba tal cual y el golpe más duro fue volver a ver lugares que le traían reminiscencias de una época que idealizaba como mágica, la más excitante de su vida.

El único cable a tierra en esos días fue la música. Su gusto netamente influenciado por los años europeos se vio sorprendido por una explosión de propuestas distintas. Nunca se hubiera imaginado que en Radio Del Plata podían oírse temas de Los Abuelos, Virus, Suéter, Los Twist. Pero hubo algo que la conmovió especialmente: "Clics Modernos" de Charly. No paró de escucharlo; encontró un hilo conductor en todo el

disco que era el desarraigo, se sintió golpeada por las letras.

Esos días fueron un constante deambular entre su memoria y el presente sin encontrar su lugar. La charla con Jimena fue el golpe final. Esa noche se fue a Ezeiza sin reserva y logró embarcarse a Roma. Cuando el avión despegó se juró que no iba a volver nunca más a Buenos Aires.

"Pero ahora va a ser distinto..., tiene que ser distinto, están mis hijos, tengo mi vida organizada, sí, esta vez va a ser distinto."

El sonido del teléfono la sobresaltó. Mark, desde el estudio en Manhattan, le recordó que los negocios importantes no sabían de recesos navideños. De todos modos le prometió que si se resolvía el *take over* de esa compañía en España, estaría en Buenos Aires antes de fin de año. Tenía una reserva para el día 29 y, en el peor de los casos, debía esperar al 5 de enero. Pero le aseguró que de una u otra forma él iba a estar en Buenos Aires para su cumpleaños. A ella mucho no le importó. La llamada fue breve, precisa e informativa. Mark le deseó buen viaje y feliz Navidad como si Mercedes fuera un cliente y no su esposa. Ella ni siquiera se lo cuestionó. Miró por la ventana otra vez, ya casi era de noche y vio al chofer del auto verificando la dirección.

La ayudó a cargar las valijas; ella puso adentro su bolso y chequeó por última vez: pasaporte, pasajes y billetera, todo estaba OK. El auto bajó derecho por el camino hacia la Exit 42 para tomar Merritt Parkway y desembocar en Hutchinson. Si el tránsito no se complicaba en una hora y cuarto estaría en el JFK. Cuando salía notó que empezaba a nevar.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Clara

Clara miró por la ventana del cuarto el Central Park y de golpe se dio cuenta de que su vida no estaba tan mal. Se había hecho cargo de su situación, y sola se las arreglaba bastante bien; qué bueno era eso de depender de sí misma. De pronto notó sobre el fondo verde oscuro de los árboles los pequeños copos zigzagueantes, eso la animó. Era lindo dejar New York con un poco de nieve; miró el reloj, todavía tenía tiempo para ir caminando hasta FAO Schwarz para comprarle algo a Agustina.

Salió del Pierre por la 5ta. Avenida; afuera, a pesar del frío, el panorama era espectacular.

"¡Qué lindo es esto en Navidad! En Buenos Aires nunca vamos a vivir un clima como éste", pensó acordándose de los calores cuando la llevaban a Harrods a ver a Papá Noel.

Realmente el entorno era espectacular, todo rojo y blanco con esos toques de verde y plateado, las figuras navideñas en los negocios, las luces en los árboles. Navidad era una fiesta de colores en las calles de New York.

Mientras caminaba miró hacia el parque, le llamó la atención esos nubarrones densos y demasiado oscuros que parecían entremezclarse.

La caminata le sirvió para reflexionar, se acordó de cuando no era capaz de pensar en nada sola y toda su vida giraba en torno de jugar al rol de mujer de marino. De golpe sintió la necesidad de estar con sus hijas, se podía haber quedado unos días pero no resistiría una Navidad sin sus hijas. Si bien ya había aprendido a tolerar las fiestas sin marido y a asumirse como divorciada en un entorno que le fue hostil desde un principio, una Navidad sin las chicas era demasiado.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Al reflejarse en una vidriera se vio linda, ese corte de pelo le marcaba las facciones de su cara angulosa y el tono morado de sus labios gruesos contrastaban con el negro del pelo y el tapado. Se miró y guiñándose un ojo se dijo:

—*A long way baby!* —llamando la atención de un hombre que estaba a su lado. Ella le sonrió sin que le diera vergüenza. Gastó cuarenta y seis dólares en FAO Schwarz y volvió al hotel a recoger el equipaje. No quería que se le hiciera tarde, y si bien tenía tiempo, todavía le faltaba dirigirse al Aeropuerto en plena *rush hour*.

Cristina

Cristina tenía el televisor encendido mientras terminaba de hacer sus valijas; en la pantalla un tipo hablaba sin parar sobre un mapa de los Estados Unidos al que le agregaban flechitas, nubes y otros íconos. Evidentemente se trataba del pronóstico meteorológico, pero Cristina no entendía bien. Ése era su problema con el inglés. Pensando cada frase, se

hacía entender, pero cuando hablaban, no comprendía nada.

Supuso que si había nubes con puntitos blancos cayendo, y cada cuatro palabras escuchaba *snow*, el informe pronosticaba nieve sobre la costa Este de los Estados Unidos.

No entender la ponía de mal humor, y en esa primera experiencia en el exterior se sentía decepcionada por su bajo grado de desempeño con el idioma.

Se acordó cuando se presentaba en búsquedas de trabajo sin que siquiera la llamaran para una primera selección, por el mero hecho de poner "regular", sobrevaluando su grado de Proficiency, en el casillero de idioma inglés de la ficha. Por eso le tenía idea a esas chiquilinas salidas de colegios bilingües, a las que no les costaba nada cambiar de trabajo con mejores puestos.

Para su trabajo apenas le alcanzaba, pero lo suplantaba perfectamente con su figura. Aunque en ese viaje —contrariamente a lo que le ocurría siempre— casi no tuvo insinuaciones, salvo la de ese tipo con pinta de surfer californiano que en la cena en el Med le hablaba como si fuera la única de la mesa. Pero no hubo caso. Eso de estar pensando en un idioma y hablar en otro la agotaba.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Cristina estaba de mal humor esa tarde. Se miró en el espejo del baño, no había engordado en el viaje. Se puso de perfil, esos jeans recién comprados en GAP le quedaban bien, pero había algo que no la convencía: de atrás se le caían y no le calzaban. "Por eso acá tienen todas el culo caído, éstos no marcan como los de allá, no hay caso, por más baratos y lindos que sean es al pedo comprar jeans acá", pensaba mientras se miraba de un lado y del otro evaluando su estilizada figura.

Se sabía atractiva, piernas largas, cintura fina, un buen busto que ella se encargaba de resaltar siempre con algún escote o remera ajustada, y ese pelo largo, lacio, brillante, hacían de Cristina una mujer que no pasaba inadvertida. Pensó en cambiarse los pantalones y decidió que no valía la pena.

Bajó al lobby del Hilton, hizo mecánicamente el *check out* y entregó su tarjeta-llave. El conserje puso especial énfasis en explicarle que para otra ocasión podía optar por el *express check out* sin necesidad de pasar por el mostrador, incluso podía ver la cuenta y pedir un resumen usando la TV de su cuarto e insistió galantemente que iba a lamentar no atenderla

personalmente. Ella entendió menos de la mitad de lo que el hombre le dijo.

—OK —fue toda la respuesta que acompañó con una sonrisa. Y para no quedarse callada, pensó primero y luego preguntó: —*Where I can take a taxi?*

El empleado señaló la puerta donde más de veinte taxis amarillos hacían fila en la entrada del hotel, sobre la Avenida de las Américas.

—*To the Airport* —le dijo decididamente al chofer.

—*Which one?* —preguntó el bengalí.

Cristina pensó unos segundos. Entender le daba coraje, entonces con un tono más firme aún le dijo:

—*John Fitzgerald Kennedy!*

—*OK, madame*.

El taxi aceleró torpemente hasta el semáforo y se detuvo en la luz roja.

—*It's snowing* —le dijo el conductor señalando la calle y se acomodó el turbante.

BÄRENHAUS
EDITORIAL

1. PASAJERAS

Mercedes fue la primera en llegar. El tráfico había estado fluido y en poco más de una hora estaba en el Aeropuerto. Un empleado de la aerolínea le cargó las valijas y avanzaron decididos al mostrador de Business Class.

El hall de American Airlines estaba atestado de gente, era lógico, en la semana de Navidad viaja todo el mundo. Por suerte ella volaba en Business, con las millas que su marido acumulaba en sus frecuentes viajes de negocios, y allí siempre la espera es menor.

Se ubicó en la fila, y antes de llegar al mostrador, una empleada le hizo las preguntas de rigor referidas a la seguridad. A todo respondió mecánicamente.

"Qué ridículos estos tipos que con una sonrisa de plástico y pidiendo disculpas te preguntan si llevás un caño, o un fierro, ¡mirá si de ser así se los voy a decir!" —con la reflexión, una sonrisa se le dibujó en la cara.

Hacía varios minutos que los pasajeros que estaban en el mostrador no se movían, eso la puso inquieta, la paciencia no era una virtud en ella.

"¿De qué hablan? Si lo único que hay que hacer es dar el pasaje, pasaporte y recibir la tarjeta. ¿Por qué tardan tanto?". En ese instante, a cuatro personas detrás de ella, Clara se ponía en la misma fila.

—*Might I help you?* —finalmente escuchó de la empleada.

—¡*Pff*, por fin! —resopló casi imperceptiblemente.

Mercedes, habituada a los viajes, entregó su pasaporte norteamericano con el pasaje adentro. En su reserva ya estaba marcado el asiento; sólo tuvo que esperar que la empleada

BÄRENHAUS EDITORIAL

tecleara el código, emitiera la tarjeta de embarque y los tickets de las valijas. Por último, le señaló el horario de embarque y la puerta, agregándole que podía pasar por el Admiral, lugar hacia el que se dirigió decidida a esperar el vuelo. Tenía casi dos horas hasta la hora de embarque.

Clara también pasó relativamente rápido el *check in* del vuelo AA 901 NYC-BUE y se dirigió al Admiral a esperar la partida. Cristina no tuvo la misma suerte.

—*I'm sorry madam, but I don't have you in this flight...* —le dijo la empleada luego de teclear varias veces. Cristina se hizo repetir, pero de entrada entendió que algo estaba mal con su reserva.

La empleada gentilmente trató de explicarle que no la tenía en la lista de pasajeros en ese vuelo. A la tercera repetición pidió ayuda a otro empleado que hablaba español, quien le explicó brevemente el problema:

—Muy buenas tardes señora, mi nombre es Carlos, y estoy aquí para ayudarla —dijo en una forma tan cortés que a Cristina le pareció falsa—. Lamentablemente hay un problema con su reserva, ya que nosotros no la tenemos en la lista de vuelo, yo le sugiero dirigirse a nuestro mostrador de Customer Service y allí le darán más indicaciones para...

—¿Usted me quiere decir que yo no estoy en el vuelo?

—Exactamente, señora.

—¡Yo no voy a ir a ningún lado y usted me va a embarcar ahora! —dijo Cristina cambiando su expresión de no entender por una actitud firme y decidida—. ¿Me puede explicar qué es esto? —señaló en la reserva de su pasaje, donde se leía claramente bajo el casillero de status la sigla OK.

—Bueno esto es un papel, yo no la...

—¡Esto no es un papel! Es un pasaje de esta compañía, que dice que tengo reserva hoy, ¡entonces yo embarco en este vuelo! ¡Así va a ser! Y no tengo que ir a pedirle explicaciones a nadie si ustedes hacen mal las cosas.

El empleado hispano entendió que estaba frente a un caso difícil. La actitud de Cristina no le daba opción por lo que decidió evitar un escándalo.

—Por favor, señora, espere un instante —dijo el empleado sin perder la calma. Discó un número en el teléfono que estaba a su lado y comenzó a hablar en un inglés incomprensible para Cristina.

BÄRENHAUS EDITORIAL

"¿Cómo hace? Éste sí que es bilingüe." Se distrajo por un momento de esa incómoda situación pensando que, aun mejorando muchísimo su inglés, siempre se le iba a notar el acento. Como cuando se dirigía a Pat, su compañera de trabajo. A ella no le salía ese "Peeat", estirado en la "e". Para ella era Pat, así como suena.

—Ya la va a atender mi supervisor, señora, está viniendo para aquí —le dijo de pronto el empleado.

Ese comentario la hizo volver a la realidad, pero igual no contestó. Estaba realmente enojada y empezaba a preocuparse, ya que si había problemas con su reserva no iba a tener otra alternativa que perder el vuelo. La empleada que la había atendido le pidió que se corriera y siguió atendiendo la larga fila de Economy, mientras ella aguardaba la llegada del supervisor. Estaba angustiada.

Enseguida se aproximó un hombre sin el uniforme de la aerolínea, vistiendo traje oscuro. Se dirigió a ella, que estaba apoyada al costado del mostrador.

—Sí, ¿cuál es su problema? —dijo con un fuerte acento norteamericano.

—El mío ninguno, ustedes me dicen que no estoy en la lista de vuelo, cuando yo tengo mi pasaje OK —respondió molesta Cristina.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Por favor, no se enoje, yo estoy aquí para ayudarla —intervino él.

—¡Pero cómo no me voy a enojar! ¡Si me están dejando fuera del vuelo cuando yo tengo todo en regla!

La voz de Cristina cada vez se alzaba más, logrando captar la atención de los otros empleados y pasajeros.

—Le repito que estoy para ayudarla —dijo él otra vez, tratando de calmar la situación.

—¿Me permite su ticket? —Cristina se lo dio sin decir nada.

El hombre comenzó a teclear y a mirar en la pantalla de la terminal, emitiendo monocordes observaciones cada diez o veinte segundos.

—*Mmmjum*, OK... OK... —Así estuvo durante un rato, hasta que finalmente pronunció en voz baja y sin levantar la vista del monitor:

—*Here we are...* —y ahora sí mirándola a Cristina—: *Well!* Usted tiene razón. Debería aparecer en la lista de pasajeros,

pero evidentemente hubo un error en su reconfirmación y está transferida al mismo vuelo pero para pasado mañana. Pero no se preocupe, yo tengo una propuesta para usted, siempre que sea de su conveniencia, por supuesto. Si usted está de acuerdo, hay un lugar disponible en Business Class en este mismo vuelo, la diferencia por supuesto es a cargo de nuestra compañía ya que nosotros cometimos el error. ¿Está de acuerdo?

Mientras decía "OK, OK", ante cada palabra del hombre Cristina pensó: "¿Cómo no voy a estar de acuerdo? Viajo en el mismo vuelo, en una clase superior y encima gratis, ¿qué más puedo pedir?

—Entonces, ¿está de acuerdo? —repitió el hombre.

—OK… OK…

—Disculpe las molestias ocasionadas. *Have a nice flight!* —le dijo en un tono cálido, mientras le daba su tarjeta de embarque y la invitación a la sala de Business.

—OK… OK… —repetía mecánicamente ella.

Entró al Admiral, se dirigió directamente a la barra y pidió un whisky. Se sintió muy bien por haber actuado con decisión. Hasta llegó a pensar que todo le hubiera sido más fácil en la vida si hubiese tenido siempre la misma confianza en sí misma.

Jugando con los cubitos de hielo se dirigió hacia el ventanal. A metros de ella, Mercedes sentada en un sillón con los ojos cerrados seguía al pie de la letra el estribillo de "Deacon Blues" que subía por los auriculares del minidisc. Del otro lado del ventanal, Clara miraba la pista totalmente blanca y notó que hacía varios minutos que no había despegues ni aterrizajes.

Súbitamente una voz invadió el confortable salón anunciando que el aeropuerto estaba momentáneamente cerrado por la tormenta de nieve.

Mercedes sólo escuchó un murmullo por sobre la música e intuyó de qué se trataba, pero siguió disfrutando de "Aja" sin sacarse los auriculares. Cristina no necesitó explicación ni traducción para entender qué pasaba. Enseguida miró alrededor buscando a alguien con quien compartir comentarios. Clara comprobó que su sospecha no era infundada cuando vio el cielo al salir de Manhattan y no pudo contener la expresión:

—¡No me digás, carajo!

Cristina la miró, había encontrando justo el receptor que necesitaba.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—No salimos, ¿no?

—No, por ahora no, y no creo que se libere el aeropuerto. Mirá cómo está nevando.

—Bueno, pero por ahí más tarde para y...

—No, olvidate de salir ahora. Una vez que pase la hora de salida nos van a mandar a un hotel, y ahí sonamos. En el mejor de los casos saldremos mañana, a esta hora, que es la que está programado el vuelo, siempre y cuando pare la tormenta.

—Pero si mañana a la mañana no nieva...

—Lo que pasa es que cuando suspenden un vuelo, lo suspenden hasta el otro día a la misma hora, no es que lo atrasan.

La seguridad de Clara hizo callar a la dubitativa Cristina, dándose cuenta que su interlocutora hablaba con conocimiento de causa.

—Bueno, no nos queda otra que esperar... —dijo después de un silencio para cerrar la conversación, mientras seguía mirando la nieve que ya cubría toda la pista por completo.

Clara no contestó, estaba nerviosa.

Diez minutos más tarde, otra vez la voz en *off* confirmó las sospechas de todos: informó que el pronóstico del tiempo anunciaba un fuerte temporal, por lo tanto el aeropuerto quedaba definitivamente cerrado hasta nuevo aviso. Con respecto a los pasajeros, debían pasar por el mostrador donde les sería entregado un voucher de hotel para pasar la noche.

BÄRENHAUS EDITORIAL

El trámite se cumplió relativamente rápido. Lo más lento fue tener que ir a buscar las valijas al nivel inferior del aeropuerto como si fuera un arribo. Una vez allí, mientras esperaban que el carrusel comenzara a girar, Cristina intentó un nuevo diálogo que la ayudara a clarificar la situación.

—No entiendo, ¿qué tenemos que hacer ahora?

—Agarrar las valijas, ir hasta el hotel que nos designaron y esperar. Otra no hay.

—Pero, ¿cómo vamos a saber cuándo volvemos? ¿Quién nos va a decir a qué hora? ¿Dónde? —preguntó Cristina con la inquietud de quien no tiene experiencia en ese tipo de situaciones.

—Es como si estuviéramos a disposición de la aerolínea —intervino en la conversación esa elegante mujer con look de americana de clase alta, pero que hablaba español con un típico acento argentino—. Quiero decir que no te preocupes, te vas a enterar de todo siempre que sigas a la tropilla. Por ahora,

con este flor de temporal, no vamos a salir. Cuando nieva es así, parece que el mundo se viene abajo, pero una vez que para liberan el aeropuerto enseguida —completó.

No quedaron dudas, era argentina con un marcado tono distinguido.

Clara la miró un poco sorprendida, pero enseguida asintió. A Cristina la reconfortó esa aclaración en su idioma.

De pronto, una chicharra anunció que se iba a mover el carrusel.

Mercedes miraba cómo iban apareciendo las valijas, pensando en su expresión: "a disposición de la aerolínea". En realidad su cerebro lo decodificó como "a disposición del PEN". No era más que otro de esos flashes que inevitablemente aparecían en su mente, ligados a recuerdos que hubiera querido no tener, o que en realidad no sabía cómo manejar.

—Ahí está la mía —dijo Cristina.

Clara y Cristina se sentaron juntas en el Shuttle que las llevaba al hotel. En realidad Cristina se sentó al lado de Clara cuando la vio, aferrándose a alguien a quien seguir. Otra vez ella se encargó de disparar el diálogo.

—¿Qué tal será el hotel?

—Típico hotel de aeropuerto, sin lujo, pero funcional —le contestó sintéticamente Clara.

—¿Vos estuviste alguna vez?

—No en éste, pero ya me pasó esto de que un vuelo se suspenda y quedarme colgada hasta el otro día. Siempre te mandan a algún hotel dentro o cerca del aeropuerto, y ahí tenés que esperar.

—Al menos si estuviésemos en el Caribe, ahí sería más linda la espera, con calorcito y sol.

—¡Yo te la regalo! Estoy harta de andar por ahí, lo único que me interesa es volver a casa —le respondió casi antipáticamente Clara.

—No, yo decía porque ya estamos acá y no tenemos que pagar, pero en realidad yo también quiero volver ya mismo.

La sinceridad de la reflexión de Cristina hizo sentir a Clara pedante y soberbia. Al fin y al cabo tampoco ella había pasado su vida viajando, y por otro lado las dudas de Cristina eran absolutamente lógicas. Se sintió mal, para compensar y mostrándose mucho más amable le preguntó:

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¿Viajaste por turismo?

Cristina sintió por fin que había encontrado compañía y respondió entusiasmada:

—Sí, estuve una semana en un Med de Dominicana y después vine a conocer New York por cuatro días, porque la única diferencia que tuve que pagar fue mis gastos, comida y esas cosas. Me lo ofreció la agencia porque ellos por cantidad consiguen esos descuentos y yo acepté chocha porque nunca había estado en New York. Aunque de haber sabido que hacía este frío, no sé si hubiera venido.

—¿Te gustó?

—Mirá, el Med me pareció un poco aburrido. Todo el mundo me dijo que era ideal para ir sola porque está lleno de tipos, pero nada, yo no los vi. A lo mejor será porque yo no hablo bien inglés y la mayoría de la gente eran yankees, canadienses o cualquier otra cosa, menos latinos. Entonces me sentí un poco descolgada. El lugar es un sueño, pero no sé, el sistema no me convence. Eso sí, tomé sol y descansé, pero igual me embolé como una ostra.

—Y New York ¿te gustó? —continuó interrogando Clara.

—Sí, divino, pero demasiado frío. Me parece que lo lindo de New York es andar por la calle, y con este frío no te daba ganas. Pero igual me encantó y volvería con gusto, pero cuando no haga frío.

—Sí, la verdad que este diciembre viene siendo muy frío.

—¿Vos vivís acá?

—No, yo vivo en Buenos Aires, pero vengo dos o tres veces por año por trabajo.

—¿Qué hacés?

—Trabajo en investigación de mercado, soy psicóloga; la agencia para la que trabajo esta asociada a una gran agencia internacional, entonces dos o tres veces por año viajo a la casa matriz, que está en Boston, por distintos proyectos o por cuentas internacionales. Ahora hubo un meeting acá en New York con todas las filiales del mundo. Terminó anteayer, pero yo me tomé un día más para pasear.

—¡Qué buen laburo tenés! —le soltó Cristina con una expresión sincera.

—Sí, realmente a veces me siento una privilegiada, sobre todo en estas situaciones de viaje. Pero ojo que esto se da dos o

BÄRENHAUS EDITORIAL

tres veces. Durante el resto del año me tengo que bancar cada una... También tiene lo suyo, no te creas que todo es hoteles cinco estrellas y aeropuertos.

—Bueno, como todo. En realidad el trabajo perfecto no existe —contestó complaciente Cristina.

El ómnibus comenzó a realentar la marcha, recién entonces las dos se dieron cuenta de la intensidad del temporal.

—¡Qué bárbaro! ¡Cómo está nevando! —exclamó Cristina.

—Suerte que el hotel está acá nomás, porque en un ratito ya no se va a poder andar por la calle —le respondió Clara, sorprendida por el incesante golpeteo de la nieve contra las ventanillas.

Unos metros atrás, Mercedes observaba el diálogo entre las otras dos mujeres con cierta curiosidad. A ella no le gustaba encontrarse con argentinos, la ponía de muy mal humor. Cuando los detectaba, se hacía pasar por norteamericana, francesa o italiana, según la circunstancia. Dominaba los tres idiomas como para lograrlo sin problemas y, en general, se esforzaba por hacerlos sentir ridículos, "*cittadini del quinto mondo*", como le dijo una vez Gian Lucca, un novio italiano a ella refiriéndose a los argentinos. No toleraba la pedantería, ese "yo me las sé todas", implícito en cada soberbio juicio de valor de sus connacionales en viaje por el mundo.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Pero en este caso fue distinto. El diálogo de estas mujeres la atrajo de una manera especial. Había una química diferente, algo que no llegaba a entender bien qué era exactamente, pero que ejercía sobre ella un atractivo. Estuvo más cerca de meterse en la conversación que del rechazo habitual que sentía en ese tipo de situaciones.

El ómnibus llegó al hotel avanzando muy lentamente por la cada vez más copiosa caída de la nieve.

El *check-in* fue lento, el único empleado que recibía a los pasajeros se tomaba su tiempo con cada uno. Cristina y Clara esperaban en la fila pacientemente.

—¡Qué lento es este tipo! —reclamó Clara.

—No me lo digas, estoy podrida de toda esta lata —completó Cristina.

—Paciencia, chiquis, no le da para ir más rápido, lo está haciendo a reglamento y encima está embolado, lo que menos se esperaba era recibir a cuarenta pasajeros de un saque...

Igual, ¿qué apuro tenemos? —dijo Mercedes, parada dos lugares más adelante en la fila y sin darse vuelta.

—¿Escuchaste algo nuevo? —preguntó esta vez Clara en voz un poco más alta.

—No, a todos les dice lo mismo, por ahora la única información es que el aeropuerto está cerrado y ¡que hay una tormenta de mierda! —contestó Mercedes, dándose vuelta y poniendo incómodos a los dos pasajeros que mediaban entre ella y las mujeres.

Esta vez fue Clara la que sintió una extraña afinidad hacia Mercedes, le pareció gracioso que esa dama tan elegante, de golpe hablara a los gritos y dijera malas palabras.

—Vos querés decir que hay una flor de tormenta —dijo riéndose Clara.

—Sí, ¡una tormenta de la puta que lo parió! —recogió el guante con picardía Mercedes, y dándose vuelta, miró a la pareja de norteamericanos que estaba atrás y muy suelta les exclamó, esta vez con tono del Bronx:

—*What a fucking storm!*

Clara y Cristina se tentaron como si fueran dos adolescentes de colegio secundario, sorprendidas por la actitud irreverente de Mercedes, la que sin titubear hizo pasar a la pareja delante de ella, quedando así las tres juntas sin parar de reírse. La situación molestó un poco al conserje, quien alzó la voz fuera del habitual tono de cortesía cuando llamó a Mercedes:

—*Next please!*

Mercedes no dijo nada. En otra circunstancia se habría quejado firmemente de las formas del empleado, pero éste tenía motivos para estar disgustado. Le entregó el voucher y llenó la ficha, él le entregó los tickets de las valijas y le indicó la dirección de los ascensores, recuperando su cortesía.

—¡Nos vemos, chicas! —dijo dándose vuelta hacia sus ocasionales cómplices de travesura que todavía se secaban las lágrimas causadas por la risa.

—¡Qué loca esta mina! —comentó Cristina.

—Sí, me pareció resimpática —contestó Clara.

Las dos quedaron en bajar a comer algo en quince minutos, luego de instalarse en la habitación.

Mercedes se tiró en la cama y se reía sola recordando lo sucedido momentos atrás. Se incorporó y se miró en el espejo:

BÄRENHAUS EDICIONES

notó una alegría en su expresión, sus ojos celestes brillaban como nunca. Por un momento se olvidó que estaba dando un paso que le había costado doce años decidir.

Clara se quedó pensando en esa mujer tan divertida. Le llamaba la atención su aspecto tan elegante y sentía una enorme curiosidad por conocer más acerca de ella. ¿Qué hacía? ¿Por qué viajaba? Poco después habló por teléfono con sus hijas, lo que calmó su ansiedad. Sintió que este contratiempo que tanto la había angustiado no iba a ser tan tremendo.

Cristina se sintió rara una vez que estuvo sola en su cuarto; se miró al espejo de perfil, se vio chata, pero no era ella sino esos pantalones que se habían agrandado. Decidió que era hora de cambiarse esos jeans por algo más de ella.

Pensó en su nueva compañera y en la otra mujer que tanto las hizo reír. Eran muy distintas, pero al mismo tiempo había algo en común entre ellas, no sabía exactamente qué. Las dos se veían firmes y decididas, con esa clase que da el roce, podrían ser la mujer de algún director de la compañía donde trabajaba. Sintió ganas de conocerlas, necesitaba entender qué hacían perdidas en esa tormenta.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Sonó el teléfono del cuarto. Era Clara que le propuso bajar a comer algo. Se encontraron a la salida de los ascensores y preguntaron por un lugar para cenar. Siendo casi medianoche, la única alternativa era el bar del hotel.

Atravesaron el lobby. El ruido de una cascada enmascaraba las notas de un piano que se iban oyendo con más intensidad a medida que se acercaban al salón con una barra en el medio en forma de U. Pese a la hora, estaba lleno de gente. La mayoría eran pasajeros de vuelos suspendidos.

Mientras Clara miraba dónde sentarse, del otro lado del hall se ocupó la última mesa vacía.

—Mirá quién está ahí —dijo Cristina señalando a Mercedes, que estaba sentada sola en una especie de box lateral, mirando hacia afuera.

—Vamos a sentarnos con ella —propuso Clara.

—¿Te parece que tendrá ganas? —dudó Cristina.

Clara no la escuchó, ya estaba caminando hacia la mesa donde Mercedes parecía estar totalmente abstraída. Recién las vio cuando estaban casi sobre ella. Se sorprendió como si no las conociera, pero enseguida reaccionó cambiando su

gesto por una sonrisa.

—¿Cómo andan las chiquis?

—Con hambre y emboladas —resumió Clara, y enseguida agregó—: ¿nos podemos sentar con vos?

—¡Pero cómo no! —mientras se sentaban las miró detenidamente, y agregó—: ¡Guaaau! ¡Vestidas para matar! —aludiendo a lo bien que se veían sin abrigos y arregladas.

—Y... una nunca sabe... —contestó Clara, ya sentada.

—Mi mamá decía: "aun cuando menos te lo esperes, ponete una bombacha con encaje... mirá si te tienen que revisar de urgencia" —bromeó Mercedes.

—¿Sabés algo nuevo? —interrumpió Cristina.

—No... nada, sigue nevando. Pero hasta mañana no vamos a tener ninguna noticia. Ahora no nos queda otra que esperar.

Pidieron algo para comer y siguieron hablando de la suspensión del vuelo y de las distintas alternativas que podrían presentarse si seguía la tormenta, respondiendo principalmente a inquietudes de Cristina.

De pronto Clara cambió de tema:

—Cómo nos hiciste reír, nos retentamos.

—Sí. Sabés que después me quedé pensando en lo loca que estoy.

—¿Viste la cara del conserje? —agregó Cristina.

—Callate, el tipo se emboló y con razón. Tener a tres minas que te están jodiendo delante de una cantidad de gente que encima te cae de sorpresa, pone de mal humor a cualquiera —reflexionó Clara.

—Pero a él no lo estábamos jodiendo —aclaró Cristina.

—Ya lo sé, pero andá a explicarle —completó Clara, y agregó dirigiéndose a Mercedes—: ¿Por qué decís que te quedaste pensando?

—Porque hacía tiempo que no tenía una actitud así.

—¿Así cómo?

—Y... así, extrovertida, jodona. Les aclaro que hace mucho tiempo que no encuentro cosas que me hagan reír —hizo una pequeña pausa analizando la implicancia de lo que había dicho. Clara y Cristina esperaron que continuara. —Y... en realidad a ustedes no las conozco, es más, no sé ni cómo se llaman...

—Clara.

—Cristina, ¿y vos?

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Mercedes.

—Dale, que me gusta lo que decís —insistió Clara.

—No... nada. Será que necesitaba divertirme un poco para amortiguar toda la tensión y nervios que viví en estos últimos días.

—Bueno, no te hagas problema —dijo Cristina con una acotación que no tenía mucho sentido.

Clara entendió que estaba ante quien tenía una gran necesidad de contar algo y empezó a preparar el camino. Tal vez porque ella, aunque no lo sabía, también buscaba a alguien para iniciar su catarsis.

—¿Vivís acá, Mercedes?

—Sí, en Connecticut, hace ya unos... diez años.

—¿Sos casada? —continuó Clara.

—Sí, mi marido es americano, por eso vivo acá. Y tengo dos chicos: un varón de nueve y una nena de siete —hizo la pausa necesaria para darle lugar a sus interlocutoras.

—Yo estoy separada y tengo dos hijas —dijo Clara tomando la palabra.

—Yo, la verdad es que no sé qué soy, pero sí, poné separada —aclaró enigmáticamente Cristina.

—Y ¿qué hacés acá? —prosiguió Clara.

—Trato de vivir... —dejó flotando Mercedes.

—¿Trabajás? —insistió Clara.

—Sí, algunas cosas hago, te diría que no soy una típica *housewife*. ¿Y vos, Cristina?

—Yo vivo en Buenos Aires, trabajo en una telefónica, como secretaria de un director.

—¿No tenés chicos? —insistió Mercedes.

—No —fue la única respuesta.

Ahora era Mercedes la que dirigía el diálogo.

—Y vos, Clara, ¿qué hacés?

—Vivo en Buenos Aires, trabajo en investigación de mercado en una agencia que está asociada con una internacional con base acá en los Estados Unidos, entonces vengo cada tanto aquí por distintos proyectos.

—Y tus chicos, ¿cómo son? —preguntó Mercedes.

—Tengo dos nenas, bueno, una ya no tanto. Clarita tiene catorce, y Agus, diez.

—¿Catorce? Perdoname, pero, ¿qué edad tenés? —se sorprendió Cristina.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Cuarenta, aunque no parezca ¿no?

—¡Qué guacha! ¡Mirá la cara de pendex que tenés! —exclamó sorprendida Mercedes.

—No te puedo creer que tengas cuarenta, yo te daba treinta y cuatro o treinta y cinco como máximo —completó Cristina.

—Y vos, ¿cuántos declarás? —otra vez Mercedes se dirigía a Cristina.

—Yo soy más vieja… cuarenta y uno —dijo tímidamente Cristina.

—¡Pero carajo! ¡No se puede creer! Una con cara de pendeja, la otra una diosa, y las dos en los cuarenta, la verdad que me sorprenden. Yo también tengo cuarenta, pero a mí me los dan.

—No, vos también estás bárbara —le dijo Cristina.

Mercedes tenía razón, su figura se veía espléndida, pero su cara era sufrida. No parecía mayor, pero esos profundos ojos celestes y sus delicadas facciones conformaban un gesto que remitía a heridas sin cicatrizar.

Lentamente fueron superando las barreras que las tres pusieron a la curiosidad ajena y sintieron al mismo tiempo una intensa inquietud por saber más de cada una. El diálogo se fue tornando cada vez más ameno y el clima entre ellas había tomado un tono confidente. Hablar de los hijos había distendido a Mercedes y Clara. Cristina estaba acostumbrada a este tipo de situaciones, donde desde el punto de vista familiar no tenía nada para mostrar con orgullo, pero igual se sentía bien cuando alababan su figura.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¿Les puedo contar algo? ¿Saben que de entrada me parecieron unas chetas boludas? —confesó Cristina luego de su segunda margarita.

—¡Uy, qué simpática! —respondió sin valorar la sinceridad Clara.

—¡Boluda, no, nena! Lo de cheta si querés lo discutimos —dijo riéndose Mercedes.

—¡Déjenme terminar! —insistió seria Cristina—. Si se los digo es porque ahora pienso todo lo contrario, es más, recién pensaba que bueno… que si tengo que pasar Navidad acá… bueno… la verdad que… ¡qué suerte haberlas conocido!

—¡Pará! ¡Que me vas a hacer llorar en serio! —dijo Clara tomándole la mano. Mercedes las miró y con una risa sarcástica agregó:

—*It's Christmas time! Ho, Ho, Ho!*